

Esto se ha dicho así en general: mas porque esta materia es de grande edificación para nuestras vidas, y de grande admiración, viendo el poder inestimable de la divina gracia, me pareció debía descender à tratarla mas en particular, recontando las batallas y fortaleza de algunos esclarecidos martyres.

*Prologo sobre las historias y batallas gloriosas de los Santos Martyres que aquí se cuentan.*

**S**entencia es muy celebrada de Platón que si se pudiese vér la hermosura de la virtud con los ojos corporales, robaria y llevaria tras sí los corazones de los hombres. Y si esto ha lugar en qualquiera de las virtudes, mucho mas en las que tienen respecto à Dios, y tienen por officio honrarle, crearle, amarle, y fiarse dél; porque las tales tienen un altissimo y nobilissimo objeto à que miran, que es Dios señor de todo lo criado. Entre las quales aquellas tienen el principado que summamente glorifican à Dios, y desta manera le glorifican los hombres que por mantener la fé, lealtad, y reverencia que se debe à aquella immensa magestad, se ofrecen no solo à perder la vida, sino à perderla con cruelissimos y terribles tormentos. Pues si qualquiera otra virtud segun la sentençia susodicha es tan hermosa, cuánto será mayor la hermosura de la virtud que à este supremo grado uviere llegado, que es el mayor sacrificio que el hombre puede ofrecer, y lo ultimo adonde puede sublimar la gracia à un hombre mortal? Es tan grande esta hermosura, que (como dice el Apostol) (a) viene à ser un hermosissimo y admirable espectáculo no solo à los hombres y Angeles, sino al mismo Dios que summamente se alegra, viendo toda la potencia del mundo y del infierno por su fé y amor. En esto se conoce la virtud de la gracia, y la eficacia de

la redempcion de Christo, por quien esta gracia se dá. Y porque aquellos à quien Dios ha dado ojos para vér esta hermosura se edifican y deleytan grandemente leyendo las batallas y triumphos de los martyres, y aquella espantosa constancia que tuvieron assi los hombres como las mugeres flacas entre tanta furia y rabia de tormentos, parecióme que debía estenderme mas en esta materia para dár este gusto y contentamiento al Christiano lector, mayormente siendo éste un tan grande argumento y confirmacion de nuestra fé, que es lo que en esta segunda parte desta escriptura pretendemos. Porque tal fortaleza y constancia nos dán claro testimonio de la virtud y assistencia de Dios. Cá de otra manera cómo pudiera (pongo por exemplo) la Virgen Sancta Olalla de edad de treçe años padecer tantas invenciones de tormentos nunca vistos, si no estuviera toda su anima llena de Dios? Pues qué diré de la Virgen Sancta Agueda, que siendo muy noble y delicada iba con tan grande alegría à la carcel como si fuera à desposorios? Donde primero la colgaron, y cruelissimamente azotaron, y despues retorcieron uno de sus virginales pechos, y se lo cortaron de raíz. Y trás esto hicieron una cama de cascos de tejas puntiagudas, y juntamente de carbonos encendidos, para que el cuerpo ya llagado de los azotes tuviese para su refrigerio aquella nieve invencion de cama en que descansasse. Pues qué corazon pudo inventar un tan nuevo genero de crueldad para un cuerpo tan delicado? Qué diré de la Virgen Sancta Barbara, à la qual tenia su padre encerrada en una torre por la grandeza de su hermosura, la qual su mismo padre tomado del vino, ò veneno de la infidelidad, sabiendo que era Christiana, la acusó y presentó al juez: el qual primeramente la mandó desnudar y azotar tan cruelmente con niervos de toro, que corria sangre de su cuerpo por todas partes, y assi desnuda la mandó

(a) 1. Corint. 4.

poner en la carcel. Y otro dia viendo que ni con este tormento avia podido vencer su constancia, mandó aplicarle dos hachas ardiendo à los dos lados de su cuerpo, y despues mandó que le diesen muchos golpes con un martillo en la cabeza, y trás esto, que le cortassen à cercén ambos sus virginales pechos. Y como si todo esto fuera poco, mandó que la traxessen por toda la ciudad desnuda azotandola cruelmente. Y viendo el perverso juez la fortaleza y perseverancia de la virgen, y que yá ni avia mas tormentos que probar, ni mas cuerpo en que los executar, mandó finalmente que la llevassen à degollar, adonde iba la sancta Virgen con grande esfuerzo y alegría, y allí por manos de su proprio padre, mas cruel que todas las fieras, fue degollada; para que assi se cumpliesse lo que el Salvador avia prophetizado (x), diciendo: que hasta los padres avian de entregar à la muerte sus propios hijos por odio de la fé. Desta manera la sancta Virgen passando por tantos fuegos embió su purissimo espiritu à Dios, y assi dió fin à esta gloriosa batalla. Donde no solamente nos pone admiracion la constancia destas Virgines, sino mucho mas el alegría del padecer, y la libertad con que respondian y reprehendian la crueldad y infidelidad de los juezes; sin hazer caso de que con esto los azedaban y encruelcian mas contra sí. Pues cómo pudieran doncellas tan delicadas vencer tan grandes batallas, si no estuvieran armadas con tan grande fé, con tan encendida charidad, con tan grande fortaleza, y con tan firme confianza, que yá les parecia que veían aparejada la corona, y assi corrian alegremente à recibirla de las manos del Esposo celestial? Y siendo tanta la flaqueza de las mugeres, que basta vér una espada desnuda, ò un poco de sangre, para caer en tierra amortecidas, estas viendo tantos instrumentos de crueldad, y tanta sangre derra-

mada de sus cuerpos, no solo no desmayaban, mas antes se alegraban y daban gracias por su passion. Pues siendo tan natural en todas las criaturas el amor de la vida, y el temor de la muerte, y siendo los cuerpos humanos tan sensibles, que no pueden sufrir una punzada de alfiler, cómo pudieran estas doncellas vencer tales batallas, y levantarse sobre todas las leyes y fueros de naturaleza, si no tuvieran dentro de sí al autor y Señor della? Y siendo él mismo el que peleaba y vencía en ellas, sigue-se que era verdadera la fé y religion que el mismo Dios con la fortaleza de sus animos testificaba. Por lo qual decimos ser esta una grande confirmacion de nuestra fé. A lo qual se puede aplicar aquella sentençia del Apostol (b) en que dice: Que lo flaco de Dios es mas fuerte que toda la fortaleza de los hombres; pues toda ella no bastó para vencer la constancia destas doncellas tan flacas: antes ellos quedaron vencidos, y las Virgines vencedoras.

Donde tambien es mucho de considerar que entre los mysterios de nuestra fé, uno de los mayores, que es el de la passion y muerte de nuestro Salvador, señaladamente se confirma con las victorias de los martyres. Porque como sea tan grande el numero dellos, que parece competir con el de las estrellas del cielo, y ayan sido tan estrañas las invenciones de tormentos que ellos vencieron, y ser esta la mayor gloria que toda la naturaleza humana esforzada con la gracia puede dár à su criador, hazesenos luego muy creíble que el hijo de Dios que tanto deseaba la gloria de su Eterno Padre, se ofreciese à todos los tormentos y ignominias de su passion; porque con el exemplo y esfuerzo della peleassen ellos mas animosamente, viendo à su Dios y Señor ir en la delantera para esforzarlos. Por lo qual bastando una sola gota de su preciosa sangre para redimir el mundo, quiso derra-

(a) Matth. 10. (b) 1. Corint. 1.

ramar à poder de tormentos quanta tenia, por dár este tan grande esfuerzo à los martyres, y esta tan grande gloria à su Eterno Padre con la fé y constancia dellos. La qual gloria deseaba él con tan gran deseo, que aunque no uviera otra causa para padecer sino esta, por sola ella padeciera, y diera por bien empleados todos sus trabajos aunque mas no uviera. Esta consideracion entenderán mejor los que tuvieren ojos para saber mirar y estimar la constancia y fortaleza destes gloriosissimos cavalleros.

Agora querria preguntar à los que leen libros de cavallerias fingidas y mentirosas, qué los mueve à esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden vér con ojos corporales, las mas admirables son el esfuerzo y fortaleza. Porque como la muerte sea (segun Aristoteles dice) la ultima de las cosas terribles, y la cosa mas aborrecida de todos los animales, vér un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural, causa grande admiracion en los que esto veen. De aqui nace el concurso de gentes para vér justas, y toros, y desafios, y cosas semejantes, por la admiracion que estas cosas traen consigo: la qual admiracion (como el mismo Philosopho dice) anda siempre acompañada con deleyte y suavidad. Y de aqui tambien nace que los blasones y insignias de las armas de los linages comunmente se toman de las obras señaladas de fortaleza, y no de alguna otra virtud. Pues esta admiracion es tan comun à todos y tan grande, que viene à tener lugar no solo en las cosas verdaderas, sino tambien en las fabulosas y mentirosas. Y de aqui nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de cavallerias fingidas. Pues siendo esto assi, y siendo la valentia y fortaleza de los santos martyres sin ninguna comparacion mayor y mas admirable que todas quantas ha avido en el mundo (pues basta para ser, como diximos, un

hermosissimo espectáculo para Dios y para sus Angeles) y siendo sus historias no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas; cómo no holgarán mas de leer estas tan altas verdades, que aquellas tan conocidas mentiras? A lo menos es cierto que los sanos y buenos ingenios, mucho mas han de holgar de leer estas historias que las de aquellas vanidades, acompañadas con muchas deshonestidades, con que muchas mugeres locas se envanecen, pareciendoles que no menos merecian ellas ser servidas, que aquellas por quien se hizieron tan grandes proezas y notables hechos en armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estomagos y gustos tan dañados, sino con los sanos, à estos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas y provechosas; pues con ellas (entre otros muchos frutos) como ya diximos, se confirma la verdad de nuestra fé. Ni se puede alegar contra esto, que algunos padecieron en defension de sus sectas engañosas, porque estos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañarian los nuestros como gente simple, pues entre los martyres uvo gran numero de Sacerdotes y Obispos doctissimos en todo genero de doctrinas, à bueltas de otros grandes Philosophos (como fue Sant Dionysio, y Justino martyr, y otros tales) los cuales no se avian de ofrecer à morir, y morir con tan estraños tormentos, sin mucha consideracion y muy claro conocimiento de la verdad: porque no es tan liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrecen à ella sin mucho peso y deliberacion, y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque seria cosa infinita y agena de nuestro instituto entremeter aqui todas las historias de los martyres que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia (como ya diximos) (a) solamente referiré aqui algunos pedazos de tres: de las quales una fue de Diocleciano,

(a) Cap. 13.

no, otra de Antonino Vero, Emperadores Romanos, y otra de Sapor Rey de los Persas, sacadas fielmente, parte de la historia Tripartita, y parte de la Ecclesiastica de Eusebio aprobada por la Iglesia. Y con estas juntaré el martyrio de Sancta Martina Virgen, y de Sancta Olalla, y de Sant Policarpo discipulo de Sant Joan Evangelista; por ser muy dignos de ser sabidos.

#### CAPITULO XVIII.

*Persecucion de Diocleciano, y Masi-  
miano.*

**C**Orria el año diez y nueve del Imperio de Diocleciano, en el mes de Marzo, acercandose la alegre solemnidad de la Pascua, quando por toda la redondéz de la tierra se pregonaban los edictos del Cesar: que todas las Iglesias (dó quier que estuviessen edificadas) fuesen derribadas por el suelo: y todos los volumines de las divinas Escrituras fuesen quemados: y si alguno de nosotros tuviesse alguna dignidad ó officio, fuesse privado dél, y quedasse infame: y si alguno tuviesse Christiano esclavo, que nunca pudiesse ser el tal Christiano libre. Tales cosas contengan las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Despues de algun tiempo se acrecentaron, mandando que todos los Prelados de las Iglesias primeramente fuesen presos, y forzados con toda arte de tormentos à adorar los Idolos. Entonces vierades muchos de los Sacerdotes de Christo pelear maravillosamente à vista de Dios, y de los Angeles; y de los hombres, quando con la crueldad de los perseguidores eran arrebataados à los sacrificios, y varonilmente resistian. Cá unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo: de los quales algunos fatigados consentian: otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores como movidos de compassion, llevando à los nuestros à sus sacrificios, publicaban

Tom. IV.

que avian sacrificado siendo falso: y de otros aun antes que llegassen à los templos, decian que ya avian hecho lo que era mandado: y los dexaban culpados de solo consentir la infamia del delito que no avian cometido. A otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera: à otros arrastraban por los pies, y ponian entre los que avian sacrificado. Pero muchos dellos à grandes voces protestaban que no avian consentido, mas que eran Christianos, y se preciaban dello. Otros con mayor libertad decian, que ni avian sacrificado, ni sacrificarian en algun tiempo. A los quales incontinentemente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos porque callassen, y à empellones los echaban diciendo que ya avian dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, porque à lo menos se creyese que salian con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados martyres. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazon (dado que no bastan palabras para contar en particular) pero referirémos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque (segun diximos) (a) el fuego comenzó à emprenderse contra solos los principales, y constituidos en dignidad, hazian pesquisa de los cavalleros que avia entre los nuestros, denunciandoles que les convenia adorar los Idolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos dellos renunciaron por Christo la cavalleria, y otros (aunque menos) pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es possible hazer summa de cuántos martyres cada dia padecian por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varon noble, y (segun la reputacion del siglo) ilustre, luego que vió fixado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, publicamente, encendido con fuego de fé, qui-

(a) Cap. 16. §. 2.

tó la carta, y à vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo Emperador, y su compañero Maximiano. A los quales como fuesse hecha relacion de la religiosa y varonil hazaña del cavallero de Christo, con gran impetu y fiera le atormentaron: y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viesse triste en las penas: mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazon y espíritu vivía, y se regocijaba. De lo qual sus verdugos mas gravemente se sentian, viendo que embotaban en él todas sus armas, y no podian escurecer el resplandor de su cara. Despues deste passaron todo su furor contra uno de los compañeros de Dorotheo, que estaban siempre en la camara del Emperador, y eran tratados como nobles: porque viendo este los demasiados tormentos que al martir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal dello: y por esto fue traído à juicio, y mandado sacrificar à los dioses. Pero resistiendo él à esto, fue mandado colgar, y despedazar todo su cuerpo con peynes de hierro, para que con la angustia del dolor hiziesse lo que estando sin lision despreciaba. Y como permaneciesse immovible, fue mandado que fregassen con sal y vinagrè sus carnes, yá desolladas. Y suffriendo con el mismo corazon este tormento, mandaron poner unas parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuesse consumido, no de presto, sino lentamente; para que la pena durasse por mayor espacio. Puesto él assi, los blasphemos ministros rebolvian su cuerpo à todas partes, esperando cada vez sacar dél palabras de consentimiento: pero él perseverando fortissimamente en la confession de la fé, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derretidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo embió à su criador. Desta manera Pedro (que este era su nombre)

coronado de martyrio, verdaderamente se hizo successor del Apostol Santo Pedro en el nombre y en la fé. Maestro deste era Dorotheo en los officios que en palacio convenia hazer; porque era Camarero mayor del Cesar. En cuya compañía estaba assimismo Gorgonio su igual en virtud y fé y magnanimidad: por doctrina de los quales y saludables exemplos, todos los cavalleros de la camara real perseveraban firmes en la fé.

Pues como Dorotheo y Gorgonio viessen atormentar à Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dixeron: Emperador, por qué castigas en solo Pedro el proposito y voluntad que todos tenemos assi como él? Por qué es él solo acusado del delito que todos conformemente confessamos? Esta es nuestra fé, esta nuestra religion y concordè; sentencia, Semejantemente mandó el Emperador, llevarlos à la audiencia: y despues de atormentados quasi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entonces Antimo Obispo de essa ciudad, perseverando en la misma confession, mereció la corona del martyrio, echado un lazo à la garganta. Al qual, como à buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

*De las prodigiosas hazañas de otros innumerables martyres que en diversas partes glorificaron à Christo.*

**P**ERO entre tantas huestes de martyres (dice Eusebio) tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos manebos. Los quales como fuesen presos y los constringiessen à que sacrificassen, dixeron: Llevadnos à los altares: y como llegassen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos y dixeron: Si de aqui quitáremos las manos hazed cuenta que sacrificamos: y assi perseveraron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues qué diré de aquellos treientos hombres que en

ta Prudencio en el martyrio de Cypriano? Ante cuyos ojos puso el tyranno un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo à pár dél, diciendo que los que no quisiessen sacrificar avian de ser echados en aquella calera. Oyendo treientos hombres estas palabras, movidos con un impetu del Espíritu Sancto, y con el calor de la fé y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martyrio, corrieron à gran priessa, y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte una mas gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazón acaeció que se encendió fuego en el palacio del Emperador: lo qual creyó él con falsa sospecha que avia sido esto hecho por los nuestros. Por lo qual encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos hazes, y los unos fuesen descabezados, y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendió mas poderoso fuego en sus coraçones, que la saña en el corazon del Emperador. Finalmente siendo preguntados por los oficiales, quales dellós querian sacrificar y escapar con la vida, à todos pesaba, assi hombres como mugeres, de ser preguntados: y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros à porfia tendian la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban tomassen horror de vér: crueldad tan estafia, y los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aún vivian, y pusieronlos en una nao, y llevados à alta mar los arrojaron en las ondas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrían sus sepulchros, y echaban sus venerables cuerpos en la mar, diciendo: Echemoslos en la mar; porque por ventura no se hagan estos dioses de los Christianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos. Y como quiera que tan desmedidas

crueldades se hiziesen en Nicomedia (dó estava el auri de tantos males, hambriento de las carnes de los Christianos) pero no menos priessa se daban en la provincia de Malta, y de Syria, en poner en carceles à los Princeses de las Iglesias por mandamientos Imperiales. Y juntamente con ellos prendian muchos del pueblo, hombres y mugeres: tanto que por todas partes era lastimera y terrible cosa de vér. Porque subitamente en pregónándose las provisiones reales, se hazia silencio en la ciudad, y grande apretura de gente en las carceles. Ningun hombre parecia por las calles: en las carceles no cabian: tanto, que no parecian delinquentes presos, sino que todos los ciudadanos avian mudado morada: y las cadenas hechas para los ladrones y adulteros y homicidas, entonces encénian los cuellos de Obispos y Sacerdotes, Diaconos y Lectores, y Religiosos monges: tanto que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones: y lugar en las carceles. Pero como se hiziesse relacion à los principes que las carceles estaban llenas, y faltaba lugar para los malhechores, embiaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos, quien quisiessè sacrificar saliesse libre: y quien resistiesse muriesse con graves tormentos.

Tales fueron las batallas de los gloriosos martyres en Tyro, à dó avian venido de las partes de Egypto. Y no menores fueron las que en su provintia (digo en Egypto) vencieron otros bienaventurados, assi hombres como mugeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fé de la eternidad: y añhelando por la gloria verdadera que en vér à Jesu Christo consiste. Algunos dellós despues de azotados, encadenados, heridos, y raídas sus carnes, fueron echados en el fuego: otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo, otros consumidos de hambre, otros enclayados en maderos,

de los quales fueron puestos muchos la cabeza abaxo. No fue menor la crueldad que en Thebayda se exerció: donde en lugar de rillos usaban cascós de vasos de barro, con los quales raían de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mugeres sacaban desnudas: tanto, que ni aun sus partes naturales cubrían, y con nuevo y affrentoso artificio las colgaban de un pie, la cabeza ázia el suelo, y allí las dexaban colgadas todo el dia. A muchos ataban los pies à dos ramos de arboles apartados (si acaso allí cerca los hallaban) y despues soltaban dos ramos que avian doblegado, para que con su fuerza volviendo à su natural puesto, rasgassen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos dias, ni en breve tiempo, mas por años enteros cada dia se martyrizaban, quando menos diez al dia, y muchas vezes ciento, hombres y mugeres y niños.

En esta sazón passando yo por las regiones de Egypto, ví con mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocissimo presidente, sentado en su tribunal: à los quales preguntaba uno à uno: y en respondiendo que era Christiano, este era todo el processo: y luego le ponía à parte yá condenado. Y no obstante que todos de su voluntad, y à porfia unos ante de otros se le ponían delante, y libremente confessaban su fé, ni por vestó, ni por contemplacion de tanta muchedumbre, el crudelissimo tyranno templaba su ira. Examinados todos, salieron juntamente al campo, cerca de los muros, no arrastrados con sogas, sino llevados con maromas de fé. Ninguno faltó sin que nadie mirasse por ellos: todos venían muy alegres, y entre sí contentían quien estrenaeria primero el cuchillo del verdugo. Faltaron las fuerzas à los porterós, aunque à ratos se renovaban: cansaronse sus brazos, y los filos de sus espadas se embatabon. Vi à los carniceros sentirse cansados, y azotando, y mudando puñales, y que el dia se acababa antes que los martyres. Y en

todo este tiempo ninguno dellos, hombre ni niño, volvió atrás de su lealtad una vez: comenzada: mas antes tenia cada uno no se escureciesse la claridad del dia: primero que le cupiesse la suerte de su martyrio. Con tanta alegría y confianza recibían la muerte presente, sabiendo que era principio de la vida bienaventurada. Vi que mientras los unos eran degollados, los otros no estaban ociosos ni congoxados: mas alegremente cantaban hymnos à Dios, hasta que les venía la vez tanto deseada; para que no les hallasse la muerte en otro exercicio, sino en el que avian de continuar para siempre en el cielo. O maravilloso y digno de gran veneracion tal choro de cantores bienaventurados, tal capitania de fuertes, tal corona y resplandor de la gloria de Christo!

Regia esta capilla, capitaneaba este exercito, hermoseaba esta corona el sagrado Pontífice y Capitan esforzado, y perla sobre todas las perlas preciosas, Philéas Obispo de la ciudad llamada Thumis: de cuya gloriosa passion, y de la carta que escribió estando preso en la carcel à su amada Esposa la Iglesia de Thumis, harémos adelante mencion. Mas no se hartaban aquellos fieros corazones con toda esta carnivería. Porque viendo que no avian podido vencer à los martyres vivos, procuraban para consuelo de su rabia vengarse en los cuerpos de los muertos. Y assi à unos mandaban echar en la mar, para que los comiessen los ipéces; y otros quemaban y volvían en ceniza, pareciendoles que con esto perderían la esperanza de la resurreccion, por la qual morían alegremente. A muchos mandaban echar en las privadas, como lo hizieron con el amado marty Hyppolito, por nombre Concordia, y con el glorioso Sant Sebastian, dos vezes marty, una aseteado, y otra tan fieramente azotado, que à poder de azotes embió aquella ánima sanctissima del tormento de los azotes al reyno de los deleytes eternos. Este linage de desprecio declara la grandeza de la perse-

VI. no Teu-

ucion de los tyrannos, y la furia del demonio que rabiaba en sus corazones, viendo cada dia menoscabarse su honra, y dilatarse la gloria y reyno de Christo.

CAPITULO XIX.  
Martyrio de la Virgen Sancta Olalla.

Porque en esta crudelissima persecucion de Diocleciano y Maximiano padeció la Virgen Sancta Olalla en la ciudad de Merida, siendo de edad de trece años, (cuya passion celebró Prudencio en sus elegantissimos versos) parecióme que la debía enxerir en este lugar, junto con el martyrio de la Virgen Sancta Martina (que adelante se pone) el qual no fue menos admirable que el desta Sancta, aunque fue en tiempo de otro Emperador: en el qual se verá una gloriosa competencia entre Dios y estas Sanctas Virgines: ellas à padecer tormentos por él, y él à esforzarlas, y hazer milagros por ellas. Y que Sancta Olalla aya padecido en tiempo de los Emperadores yá dichos, muestránlo estas palabras que Prudencio le atribuye que dicen assi: Ysis, Apolo, y Venus nada son: y Maximiano nada es. Aquellos son nada por ser hechos de mano: y este es nada porque adora dioses hechos de mano. En este martyrio, verémos una de las mas fieras y porfiadas batallas que se han visto. Porque verémos por una parte pelear juntas sus armas toda la potencia del mundo y del infierno, y todas las invenciones de tormentos que se pudieron imaginar: y por otra una doncella noble y delicada de trece años: y con ser desta edad, salir vencedora desta tan gran batalla. Verémos ottosi la omnipotencia de aquel señor, el qual declara la grandeza de su poder, y de su gracia, escogiendo los mas flacos sujetos del mundo para derrocar la Idolatría, y plantar la fé: lo qual fue cosa tanto mas admirable, quanto mas flacos eran los instrumentos de que usó.

Pues comenzando à relatar su glo-

rioso martyrio, esta Virgen fue natural de Merida, hija de padres Christianos: los quales dende su tierna edad la criaron en temor y amor de Dios: en el qual creciendo cada dia de virtud en virtud, vino à tener grandes deseos de morir por el esposo celestial, à quien tenia consagrada su virginidad. Y viniendo un juez à Merida à perseguir los Christianos, y oyendo la fama de la Christianidad desta Virgen y de sus padres, embió un carro para que se la traxessen. La qual à la sazón estaba en un lugar llamado Ponciano, treinta y ocho millas de la ciudad de Merida en compañía de otra Virgen de su mismo proposito, por nombre Julia. Llegados pues los ministros del Adelantado, y diciendole que yá su padre Liberio con otros Christianos estaba preso, y que ella tambien era llamada por la misma causa, recibió esta nueva con grande alegría, por el deseo que tenia de padecer por amor de su Salvador. Y si ella entonces pudiera, quisiera andar todo aquel camino en una hora. Iba en su compañía la Virgen susodicha, à la qual dixo la Sancta: Sabete hermana Julia, que aunque voy tarde, seré primero martyrizada. Llegada à la ciudad, mandó el Juez traerla ante sí. Al qual dixo la Virgen: A qué veniste à esta ciudad enemigo de Dios? Por qué persigues à los Christianos, y à las Virgines que se han consagrado à mi Señor Jesu Christo? El juez oido esto, dixole con mansedumbre: Niña, antes que crezcas, me parece que quieres perder la flor de tu juventud. Respondió la Virgen: Yo soy de treze años, mas no pienses que podrás espantarme con tus amenazas. Cá assáz me basta lo que he vivido en la tierra, porque tengo esperanza de vivir en el cielo. Respondió el juez: No te engañe mezquina essa vanidad; mas legate à offerrec sacrificio à los dioses, porque puedas escapar de los tormentos que te esperan, y ser honrada con un Esposo noble y rico. Yo, dixo ella, tengo Esposo noble y rico, y immortal que es Jesu Christo Salvador del mun-

mondo. Oído esto el juez comenzó à ahagarla con blandas palabras, diciéndole: Mira hija à tu niñez, y tén compassión de tí misma, y ofrece encienso à los dioses, y librate de la muerte. La Virgen respondió: Christiana soy, y no haré lo que me dices.

Entonces ayrado el juez, mandóle dár curador, y à él mandó que la hiziesse azotar. Y siendo azotada, bendecia al Señor, y maldecia à los Emperadores y à sus dioses. De lo qual informado el juez mandóla traer ante sí: y viendo su hermosura, y mostrando compassión de su tierna edad, díxole: Di niña, qué te aprovecha esta tu porfia? Vé y ofrece sacrificio à los dioses, y no quieras sufrir tantas penas. Respondió la Virgen: Qué te aprovechó desventurado mandarme desnudar y azotar, pensando que me pudieras apartar de la verdad? Engañaste miserable porque solo mi cuerpo tienes en tu poder: mas sobre mi anima solo aquel lo tiene que la crió. Y porque conocas mi voluntad, yo te digo, que maldixé y maldigo agora tus dioses, y tus Emperadores. Embravecido con esta respuesta el juez, hizo poner su estrado en la plaza, y mandó parecer ante sí à la Virgen, para que allí fuesse atormentada. Para lo qual mandó cortar varas de arboles, dexandolas con sus nudos, y haciendolas remojas, y con ellas mandó azotar la Virgen. Entonces ella díxole: Viejo desventurado, no pienses que me espantas con tus amenazas; porque mas me esfuerzas con ellas. Oyendo esto el juez dixo à los verdugos: Traed azeite hirviendo y derramadsele sobre los pechos. Y echandole este azeite, dixo la Virgen: Este tu azeite ferviente no me ha hecho mal, antes me ha encendido mas en el amor de mi señor Jesu Christo, al qual desea ver mi anima. Oyendo esto el juez dixo à los verdugos: Traed muy presto cal viva, y metedla en ella, y echadle agua fria encima para que así se abra. Entonces dixo la Virgen: Atormentete el fuego perdurable del infierno, que assi traba-

jas por atormentar la sierva del Rey del Cielo. Passado este tormento, no contento el cruel tyranno con lo hecho; mandó traer una olla llena de plomo derretido, y tendida la Virgen sobre un lecho de hierro, mandó que le mostrassen primero à quel linage de tormento, para ver si con él desistia de su proposito. Mas como ella no desistiesse dél, mandó que derrámassen aquel plomo derretido sobre su cuerpo. Mas estando la Virgen con los ojos levantados al cielo esperando este tormento, elóse el plomo, y quemaba las manos de los que lo echaban, y no quemaba à ella. Y viendo esto el juez, y cada vez mas embravecido, mandó traer las varas y azotarla cruelmente, y despues fregarle las llagas con cascotes de tejas puntiagudas. Y passado este tormento, viendo el tyranno la constancia de la Virgen; díxole: No pienses que has de salir de aquí vencedora; porque otras penas mayores tengo aparejadas para vencerte. Respondió la Virgen: No me puedes tu vencer; porque aquel vence en mí, que peléa por mí. Entonces el cruel tyranno mandó que le pusiessen hachas encendidas en el cuerpo. En el qual tormento dixo la Virgen: Assado es ya mi cuerpo, mas no por esso me fallece esfuerço. Mandame echar sal encima; porque mi cuerpo pueda ser sabroso manjar à mi Esposo Celestial. Oyendo esto el tyranno, y quedando espantado de tal esfuerço, mandó que la echassen en un horno encendido, y que no la sacassen dél hasta que fuesse quemada. Mas la Virgen dentro del horno cantaba hymnos y alabanzas à Dios. Y como el tyranno (que andaba passeandose junto al horno) la oyessé cantar, viendo que ya no le quedaba mas que probar, attonito de lo que veía, vino à decir: Pienso que somos venedicos porque esta moza todavia persevera en su mala intencion, y no siente dolor. Mas porque no se glorie vanamente, sacadla del horno, y raedle los cabellos de la cabeza, y llevadla por las plazas desnuda; para que assi sea avergonzada.

Oyen-

Oyendo esto la Virgen dixo: Aunque sea deshonrada en la tierra, descabellada, desnuda, y afeada, aquel por cuyo amor yo sufro esto tomará de tí venganza, enemigo de justicia, y te dará tu merecido. Dixo entonces él: Si temes esta fealdad, vén y sacrifica à nuestros dioses. Respondió ella: Ofrezco à mi Dios sacrificio de alabanza. Oyendo esto, dixo el tyranno: Estiradla en el cavallette de madera, y ponedle fuego à los lados. Puesto el fuego, comenzó la Virgen à loar al señor diciendo aquellas palabras de David (a): Probaste señor mi corazón, y examinastelo con fuego, y no hallaste en mí maldad. Y dice Prudencio que estando la Virgen en este tormento, y siendo desgarradas ya sus carnes con garfos de hierro, decia: Estas señales Dios mio que el hierro haze en mi cuerpo; Jetras son con que vuestro Sancto nombre se escribe en mi carne, las quales predicán vuestras victorias y triumphos. Entonces los verdugos hizieron un cabestro de cavellos que le avian cortado, y enfrenandola con él, la llevaron fuera de la ciudad donde la avian de justiciar. Y puesta en el tormento del cavallejo fue allí otra vez estirada, y azotada, y atormentada de nuevo. Y no quedando aun aquel rabioso corazon, instigado por los demonios, hartó con los tormentos passados, mandó de nuevo poner hachas encendidas à sus costados. Entonces la Virgen dixo: Por qué Calurniano usas de tan gran crueldad contra mí? Pues abre los ojos, y mira mi cara, y conóceme agora bien; porque me puedas conocer en el dia del juicio, quando parecieremos delante de mi Señor y Esposo Jesu Christo, donde tú recibirás el castigo merecido por tu crueldad. Oyendo esto muchos de los que presentes estaban, y maravillados de tan grande fortaleza en tan tierna edad, fueron de tal manera compungidos, que conocieron la virtud de Christo que en aquella Virgen triumphaba, y se convirtieron à él dexada la Idolatría. Y po-

(a) Psalm. 16.

niendole los verdugos fuego por todas partes, ella abriendo la boca tomaba la llama que ardia. Y luego fue vista salir de su boca aquella anima sanctissima en figura de paloma que subia à lo alto. Y el cruel tyranno, yá que no pudo acabar nada con el cuerpo vivo, quiso vengarse en él muerto, mandando que estoviesse tres dias colgado, y puesto à la verguenza en presencia del pueblo. Mas la divina providencia embió gran copia de nieve sobre su cuerpo, y hermosó sus miembros, y alimpió los cabellos que estaban ensuciados con las manos sangrientas de los carniceros, y quedó blanqueado el cuerpo, que con las llamas del fuego estaba tostado y denegrido. Esta es en breve la historia deste tan admirable martyrio.

## CAPITULO XX.

### Martyrio de la Virgen Sancta Martina.

Despues deste tan glorioso martyrio de la Virgen Sancta Olalla me pareció añadir el de Sancta Martina; porque no es menos glorioso ni menos admirable, puesto caso que fue en tiempo de otro Emperador por nombre Alexandro, en cuyo tiempo sucedió la quinta persecucion de la Iglesia. Y aunque aya aqui muchas cosas de que maravillarnos; pero una de las principales es una sancta competencia entre esta Virgen y su Celestial Esposo: ella à padeecer diversos linages de tormentos por él, y él à hazer milagros y maravillas por ella.

Fue pues esta Virgen de muy noble linage, cuyos mayores tuvieron siempre muchos magistrados en la republica Romana, y su padre fue Consul, que era el principal cargo de la ciudad. Esta doncella quedando por muerte de sus padres muy rica y abastada de bienes temporales, no usó de ellos para sobervia y vanagloria, mas

dandose toda à Dios, y à obras de misericordia, gastaba todos sus bienes con los pobres. Y con estas y otras semejantes ocupaciones, perseverando en sanctidad de vida, armó de fortaleza su corazon, y se puso en vela contra el bravo leon, que con grandissimo cuidado busca siempre à quien tragar. Mandados pues por el Emperador (que entonces perseguia los Christianos) Vital, Cayo, y Casio, principales personas de su casa à buscar Christianos para los hazer sacrificar, hallaron en una Iglesia de la ciudad à esta sancta doncella puesta en oracion: y llegando à ella (como por su nobleza era conocida) le dixerón: El Emperador te saluda y estima como conviene à tu nobleza: pero manda que vayas con nosotros para sacrificar al gran Dios Apolo. Respondió la Virgen con alegre semblante: Aguardad pues un poquito, que despues que me encomendáre à Dios, y al sancto Obispo, de buena voluntad me irá con vosotros. Y volviendo à su oracion, encomendándose al Señor muy ahincadamente, se fue con ellos muy contenta. Llegados al palacio los que la avian traído, embiaron à decir al Emperador que traían una doncella Christiana de grandissima autoridad y nobleza, que de buena voluntad queria sacrificar à los dioses, y demás desto persuadir à los Christianos que hiziesen lo mismo.

Holgándose mucho dello el Emperador mandó que le fuesse llevada, y dixole: Gran plazer recibo en que siendo tan noble y bien criada, quieras dexar essa opinion Christiana, y sacrificar al Dios Apolo. Yo te prometo que por ello recibas y ayas de mí muchas honras y favores. Respondió à esto la Virgen sin ningun temor: Mandame tú sacrificar siempre à Dios vivo, que con su poder crió todo el mundo de nada, para que sacrificandole yo, tu Apolo falso, avergonzado y enflaquecido no pueda mas burlarse de las criaturas que esperan y confían en su señor y Salvador Jesu Christo. Y mandandola el Empe-

rador llevar al templo para que sacrificasse, le dixo la Sancta: Entra tú conmigo y los sacerdotes de tu Apolo, y todos los que le honrais; y vereis quan benignamente mi Dios sancto y bueno recibe de mis manos sacrificio. Oyendo esto el Emperador, mandó que los de su guarda, y todos los que presentes estaban, fuesen con ella al templo, y viesesen lo que hazia. La Sancta doncella encomendándose à Dios, y armandose con la señal de la Cruz, se puso en oracion: y acabada ella uvo un grande temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó una gran parte dél templo de Apolo, y desmenuzando la estatua del Idolo, mató todos los sacerdotes que en él estaban, y mucha otra gente infiel. Indignado el Emperador con estas cosas, como por estár ciego de corazon no entendiesse que todo aquello era poder y virtud de Dios, mandó que diessen muchos bofetones à la Virgen, y que rasgassen sus carnes con hierro. Hizieron los sayones sin ninguna piedad lo que les era mandado, pero cansados y enflaquecidos comenzaron à decir à grandes voces: Qué maravilla es esta, que mucho mas cansados y flacos estamos nosotros que está que tan mal tratamos, porque nosotros vemos quatro mancebos muy hermosos, que la esfuerzan, y vuelven sobre nosotros los tormentos que le damos. Pero el Emperador movido con ira, viendo los atormentadores quebrantados, deshonorabalos, arguyendolos de flacos y para poco. Y por esto mandó que fuesse la Virgen levantada en alto, y que sus carnes fuesen rasguñadas con pedernales agudos. Mas la Virgen puestos sus ojos en el cielo, decia: Bendito eres señor mio Jesu Christo, que tan liberalmente das tu gracia à los que en tí ponen toda su esperanza. Dichas estas palabras, perseverando con grandissima constancia en los tormentos, vino una luz del cielo que rodeó à ocho verdugos que la atormentaban: los quales cayendo en tierra, rogaban à la Virgen les alcanzasse perdon de Dios, por los tormentos

que

que le daban, pues forzados los hazian. Respondió la Sancta con mucha alegría: Si quisieredes convertiros à mi señor Jesu-Christo, y creer de todo corazon que él dará el premio à cada uno de sus obras, gozareis de los premios que en el cielo están aparejados para sus fieles: pero si otra cosa creyeredes, de verdades digo que os esperen eternos y espantosos tormentos en el infierno. Ellos todos ocho alumbrados con la divina gracia, dixerón à grandes voces que creían en Christo: y abominando el cruel officio que hazian, todos à una voz dixerón al Emperador: Nosotros de aqui adelante no queremos servir à estos que tú llamas dioses, y à la verdad son Idolos, pues avemos aprendido de Martina quán grande sea la virtud de Dios, y de su hijo Jesu-Christo. Enojado desto el Emperador, mandó luego que fuesen colgados en alto, y con cuchillos fuesen despedazadas sus carnes. Mas ellos en todos estos tormentos ninguna cosa hablaban, solamente tenían puestos los ojos en el cielo. Y siendo assi atormentados un gran rato, mandó el Emperador que fuesen degollados, temiendose que otros movidos por su exemplo se tornassen Christianos. Ellos nada turbados por la sentencia, haziendo en sus frentes la señal de la Cruz con grande alegría, esperaron el martyrio. Y assi con corona de gloria embiaron sus espiritus bienaventurados al cielo.

El día siguiente llevada la Virgen delante Alexandre, y mandándole él sacrificar, como ella no hiziesse caso de su mandamiento, mandó el tyranno que desnuda fuesse levantada en alto, y sus carnes despedazadas. Y en tormento tan esquivo no cessaba la Virgen de alabar à Dios. Y despues de hecha pedazos, fue atada à quatro palos, y allí muy cruelmente azotada por dos verdugos. Y perseverando ella en las alabanzas de Dios, fue tanto el espacio en que la estaban atormentando, que se revezaron siete verdugos à azotarla. Mas ella no hazia caso de las penas que

Tom. IV.

le daban, por el esfuerzo que recibia con el favor de la divina gracia: antes los verdugos pedian con grande instancia al Emperador les diese licencia para no la atormentar mas, porque ellos eran los atormentados. Mas el cruel tyranno con mucho corage mandó que unos y otros, y muchos mas se revezasen en la azotar. Estaba presente al martyrio desta Sancta un hombre rico, y pariente del Emperador: el qual por complacerle dixo, que la mandasse llevar à la carcel, y allí fuesse pringada y caldeada con azeite hirviendo sobre aquellas llagas que estaban corriendo sangre. El Emperador mandó luego que assi se hiziesse. Iba la Virgen con un rostro lleno de alegría à la carcel à recibir este nuevo tormento, y toda la noche gastó en loores de Dios, y fueron oídas voces en la carcel, que juntamente con la Virgen alababan al Señor. Al tercero día fue presentada al tyranno: el qual le dixo que fuesse luego al templo y sacrificasse, si no queria morir mala muerte. Pero la Virgen haziendo la señal de la Cruz, en el nombre de Christo, entró en el templo, y puesta en oracion mandó al demonio que estaba dentro en el Idolo de Diana, que saliesse luego dél. Y subitamente con grandissimo estruendo salió, y cayó fuego del cielo, y quemó el Idolo: y parte del templo que cayó mató muchos de los sacerdotes, y de otros infieles. El Emperador atemorizado con estas cosas, entregó la Virgen à un Presidente por nombre Justino, para que de nuevo la atormentasse: y porque la Sancta con grande fé y confianza le dixo: Atormentame quanto quisieres, cá no me podrás hazer que sacrifique à tus dioses, él la mandó luego levantar en alto, y despedazar las carnes ya despedazadas, con peynes de hierro, y la mandó abrir por los pechos con los peynes, hasta recibir no menos que ciento diez y ocho heridas en ellos. En todo este tormento ninguna palabra habló la Virgen, sino los ojos puestos en el cielo, ofrecia su cuerpo en sacri-

Nn fi-

ficio à Dios. El Presidente pensando que era muerta mandó que la dexassen; mas entendiendo que aun estaba viva le dijo: Martina, quieres sacrificar à los dioses, y excusar los tormentos que aun te tengo aparejados? Respondió la Sancta: Yo tengo à mi señor Jesu-Christo, que me esfuerza, y no sacrifico à tus abominables dioses. El Presidente arrebatado con ira, y quasi medio loco, la hizo quitar del palo, y mandó à los verdugos que la llevasen à la carcel, pareciendole que no podría ella por sí andar segun estaba despedazada. Mas ella se fue à la carcel por sus pies. Sabido esto por el Emperador, la mandó echar à las bestias bravas, y llevada al Theatro para esto, fuele echado un bravo leon: mas él llegando à la Sancta, no solo no le hizo mal, mas antes se arrodilló à sus pies. Viendo ella esta maravilla de Dios, de nuevo le suplicó que no permitiesse que ella se viesse jamás apartada de su amor. Y por el leon estar lamiendo los pies de la Virgen, perdida toda su natural braveza, fue tornada à llevar à su prision. El qual leon como instrumento de la divina justicia, aviendo perdonado à la inocencia de la Virgen, de camino mató à Eumenio pariente del Emperador, que avia dado el consejo contra la Sancta. Ella fue luego llevada à la carcel: donde pocos dias despues mandó el tyranno que la llevasen al templo à sacrificar à los Idolos. Pero la Virgen le respondió: Haz todo quanto pudieres, porque nunca me podrás apartar del que conmigo tengo, que es mi señor Jesu-Christo. Oído esto la mandó otra vez atar, y despedazar los huesos, que las carnes yá lo estaban. Y diciendole uno de sus atormentadores: Confessa Martina à Diana por diosa, y serás libre. Respondió ella: Christiana soy, y à Jesu-Christo confieso. Entonces mandó el tyranno que fuesse quemada, para lo qual fue luego hecha una grande hoguera, y la Virgen de Christo arrojada en ella. Mas la divina providencia embió agua del cielo que mató la llama, y un

viento recio que se levantó, esparció el fuego, y quemó muchos de los Gentiles que presentes estaban. Espantado el Emperador de lo que veía, y creyendo que estos eran hechizos, y que los tenia en los cabellos (porque toda estaba desnuda) la mandó tréquiluar: y pensando que con esto la avia quitado toda su fuerza, comenzó à burlar della, y mandóla meter tres dias en el templo de Diana, donde estuvo sin comer alabando al Señor. En cabo dellos fue sacada del templo, y pidió à Dios en su oracion fuesse servido de la librar de la miseria desta vida. El Emperador viendo su constancia, y que no podia con ella, la mandó degollar. Y con este martyrio, haciendo oracion à Dios, se fue à la gloria de su Esposo y Señor; el qual vive y reyna en los siglos de los siglos. Escrivió este martyrio Adón Obispo de Tréveris.

## CAPITULO XXI.

*Martyrio de la Virgen Sancta Anastasia, escripto por Simeon Metaphraste.*

**H**allamos en las historias aver sido dos Virgines de un mismo nombre, que era Anastasia: ambas Romanas, y ambas de muy esclarecido linage, pero mucho mas esclarecidas con la sanctidad de la vida y confession de la fé. La una dellas fue casada con un hombre depravado, assi en la fé, como en la vida. Por lo qual no usando ella de la libertad del matrimonio, conservó siempre su pureza virginal. Muerto el marido, perseverando ella en la misma pureza, empleaba toda su vida y hacienda en socorro de pobres y necesitados, mayormente de aquellos que estaban presos por la fé, buscandolos en las carceles, y proveyendolos de todas las cosas necesarias, limpiando sus llagas, y curandolas, y haziendoles sufrir con sus amonestaciones y consejos esforzadamente los tormentos: y despues de muertos sepultaba sus cuerpos honrosamen-

mente con toda la pompa y gloria que en aquel tiempo se suffria, en lo qual gastó todo lo que le quedaba de vida, hasta que ella se ofreció tambien en sacrificio y holocausto à Dios, acabando su vida entre las llamas del fuego por la confession de la fé.

La otra Anastasia escogió la vida monastica y quieta, desechando los cuidados y cargas del matrimonio, y no contenta con la corona de la Virginitad, mereció tambien con un esforzado y grande animo la palma del martyrio, gozando en el ciclo destas dos coronas. Pues renunciando esta Virgen sus padres, y parientes, y bienes temporales, siendo de edad de veinte años, se encerró en un monasterio, donde siendo instruida por la sancta Sophía (porque este era el nombre de su maestra) produjo despues frutos de virtudes proporcionados à tal doctrina y tal institucion. Mas el demonio teniendo embidia de tal sanctidad y pureza, hizole primero guerra con sus domesticos y familiares: los quales procuraban apartarla de aquel recogimiento y rigor de vida. Mas como ella perseverasse constantemente en el proposito comenzado, viendo que por esta via no la podia vencer, volvióse à otras artes, y hizo que esos mismos familiares suyos denunciassen à los officiales del juez que andaban en busca de los Christianos, que esta Virgen lo era. Luego ellos fueron al Presidente, que se llamaba Probo, (siendo en aquel tiempo Emperador el cruelissimo Diocleciano) diciendo contra esta Virgen, que ni honraba sus dioses, ni al Emperador, sino que predicaba por Dios à un hombre llamado Christo, y que avia escogido una vida solitaria sin compañía de marido, y que enseñaba à otras Virgines esta nueva manera de vida. Juntando pues el Presidente mucha gente ante su tribunal, mandó que esta Virgen le fuesse presentada. Fueron luego los ministros de la maldad, y quebrando las puertas y cerraduras del monasterio, preguntaban

Tom. IV.

(a) Ephes. 4.

por el nombre de Anastasia. La sancta maestra suya Sophía, entendiendo lo que era, rogó con grande humildad y instancia à los Alguaciles le otorgassen un poco de espacio, en el qual derramando muchas lagrimas, y tomando à la Virgen, y poniendola secretamente delante del altar, y llamando à Dios por testigo de lo que queria decir, habló desta manera.

Yo, hija mia dulcissima, aviendote recibido en mi compañía dende tu tierna edad, nunca cessé dende el primer dia hasta éste de enseñarte con todas mis fuerzas todo lo que te era necesario para el servicio y amor de Christo. Y pues tú agora has llegado à la edad de la plenitud deste Señor (a), camina para él con grande alegría. Porque oy te desposó, y offrezco, y entrego en manos de tu celestial Esposo. Y yá te está aparejado el thálamo, y el que te llama es verdadero y fiel, y los mensageros desta alegre nueva son yá llegados, para llevarte al palacio soberano donde está tu Rey. Camina pues hija mia por este angosto y estrecho camino, recibiendo el martyrio por su amor, para que él ponga despues tus pies en lugar espacioso. Cuanto justo es ò hija no solo padecer y morir una vez por Christo, sino muchas vezes; si esto fuesse possible. Porque si siendo él Dios padeció, no por sí, sino por nosotros, quán justo y quán debido es, que nosotros que somos sus siervos, imitémos alegremente su muerte? Mas no se llama muerte hija mia perder la vida por Christo, sino alegría, y gozo, y deleyte, y resplandor, y luz, mas dulce y hermosa, que esta del Sol. En aquella casa real todos los bienes están libres de muerte, todos son firmes, y estables, y perpetuos. No mires hija mia à la crueldad de los tyrannos, ni à la terribilidad de los tormentos, porque tu celestial Esposo se hallará presente, y los aliviará, y te socorrerá. Y si él fuere servido que padezcas para prueba de tu fé, nunca te desamparará en los trabajos,

Nn 2

jos, y acabarse ha la fuerza de los dolores, y amanecerte ha la consolacion y la luz; y la vida y la gloria te cercarán.

A estas palabras respondió la Virgen: Cosa es madre mia digna de ser deseada y pedida à nuestro Señor, que yo nunca desfallezca con la fuerza de los tormentos; pero aunque el espíritu está prompto, la carne es flaca: mas ruega tú al comun Señor, que él me embie fortaleza de lo alto, con la qual pueda resistir à tan grandes dolores: y yo madre mia, esforzada con su virtud y gracia, guardaré tus consejos, y ninguno dellos echaré en olvido.

Diciendo esto la Virgen, y prometiendo esta tan dulce promessa, arremetieron luego los Alguaciles, y arrebatandola como à un cordero de los brazos de su madre, le echaron una cadena al cuello, y caminando ella con grande alegría, fue presentada ante el Presidente. Y estando delante dél, estaba muy mas presente su anima à Christo su Esposo, poniendo sus ojos fixos en él, y contemplando su hermosura. Espantábanse los que presentes estaban de vér la belleza de su rostro, y la gravedad, y honestidad con que assistia al juez. El qual primeramente le preguntó por su nombre. Ella respondió, que se llamaba Anastasia: y Dios me ha levantado agora (dixo ella) para echar en vergüenza à tí y à tu padre. El entonces viendo à la Virgen responder con esta aspereza, determinó ablandar aquella aspereza con regalos, no entendiendo con quién lo avia, y qué pecho de azero tenia delante de sí. Y assi le decia: Aconsejote yo hija lo que mas te conviene, que es juntarte con nosotros, sacrificar à nuestros grandes dioses, y por esta via alcanzarás casamiento con un hombre muy rico y principal, con el qual te darán riquezas, oro, plata, vestiduras preciosas, muchedumbre de criados, y assi vendrás à ser una muger muy principal en esta ciudad. Por tanto mira por tí, y toma el consejo que conviene para tu hermosura y nobleza, y no quieras experimentar el fu-

ror de nuestra ira, y vér qué grande mal sea no honrar nuestros dioses. Porque yo tengo à ellos por testigos, que tengo lastima de tu hermosura, y que no tengo menor cuidado de tí, que si fuera tu padre segun la carne, y con este amor te aconsejo lo que te conviene. Y si tú no tomares mi consejo, será necesario que pruebes por experiencia, que no será menos la severidad y rigor de mi ira, que es agora la blandura de mis palabras. Y podrá ser arrepentirte à tiempo que nada te aproveche.

Oyendo estas palabras la Virgen, traxo à la memoria las palabras y consejo de su buena maestra, y assi respondió: Mi Esposo, ò juez, y mis riquezas, y mi vida es Christo: y padecer muerte por él es para mí cosa mas preciosa que la misma vida: y por su amor no hago caso de oro, ni plata, ni riquezas: ni nada de lo que puede alegrar en esta vida es para mí cosa alegre, porque él solo y su dulce compañía es mi alegría, de quien espero eternalmente gozar. Y por tanto el fuego, la espada, y el hierro, y el despedazamiento de miembros, y las heridas y azotes, y qualesquier otras cosas que vosotros aveis inventado para atormentarnos, no son para mí tormentos, sino deleytes, poniendo yo mis ojos en solo él, y deseando padecer por él, no una, sino mil muertes si fuese possible. Por tanto no finjas que tienes lastima de mi hermosura, que tan presto se marchita como la flor del campo: sino comienza à hazer lo que está en tu poder, y en la crueldad de tus costumbres: porque yo nunca jamás adoraré esos vuestros dioses de piedra y palo.

Con estas palabras ensañado el juez le mandó dár de bofetadas, y tras destola hizo desnudar en cueros en presencia del pueblo, echando en la plaza aquella hermosura (digna de ser reverenciada de los Angeles) para avergonzar aquella Virgen, que no estaba acostumbrada à vista de hombres. Y haciendose esto, le dixo: Assi conviene que seas affrentada y deshonrada ante los ojos de los hombres.

Por

Por tanto vuelve sobre tí, y llegate à honrar la benignidad de nuestros dioses, y no quieras afeár y escurecer antes de tiempo essa tan florida hermosura. Cá si esto no hazes, nadie te podrá librar de mis manos, ni escusar que no te haga mil pedazos, y te eche à las fieras para que te coman: y esto tén por cosa cierta. La Virgen à esto respondió: No es para mí deshonor ò juez estar desnuda de mis vestiduras, sino grande ornamento y atavío. Porque desta manera despedajada del hombre viejo (a), vestirá el nuevo que es de justicia y verdadera santidad. Y por esto no soy yo, sino tú el que se ha de avergonzar, por estar vestido de impiedad y maldad, la qual assi como agua ha penetrado tus entrañas. Entre tanto estando la Virgen con gran deseo de entrar en la batalla de su martyrio, y rezelando que el juez se podría ablandar, y perder ella la corona, añadió estas palabras: Cruelissimo juez, amenazame con la muerte: aqui estoy yá aparejada; porque esto es lo que yo deseo. Porque si despedazares mis miembros, y cortares la lengua, y las manos, y los dientes, y las uñas, entonces me harás mayor beneficio. Cá toda entera quan grande soy me debo à mi Criador, y este ha sido siempre mi deseo, que él sea glorificado en todos mis miembros; y ellos sean presentados ante su tribunal con la hermosura y ornamento de mi confession. Con el valor y esfuerzo destas palabras quedaron attonitos y espantados los que presentes estaban. Mas el juez dexadas las palabras procedió à los tormentos.

Y primeramente mandó hincar quatro palos en tierra, dos de una parte y dos de otra; y mandando atar los pies y brazos de la Virgen à estos quatro palos, y quedando el cuerpo en lo alto de ellos, hizo que debaxo pusiessen fuego de sarmientos, y sobre él echassen azeyte, y pez, y piedra azufre, y juntamente con esto mandó que tres verdugos con

un mismo impetu, y en un mismo tiempo azotassen sus espaldas con varas, y assi fue luego hecho. Pues como ella estuviesse assi por un gran pedazo de tiempo padeciendo, y las espaldas se despedazassen con los azotes, y las entrañas por la parte de abaxo se abrasassen con fuego, y las venas se convirtiesen en ceniza, y la sangre se consumiesse (que era un tormento terrible aun de oír) la Virgen (ò verdaderamente animo generoso, y mas alto que la misma naturaleza!) estaba toda ocupada en hazer oracion à Dios, trayendo à la memoria, y repitiendo con la boca palabras de la Sancta Escritura (en que ella estaba muy exercitada) y con esto y con su oracion como con un rocío del cielo mitigaba la llama de sus dolores.

Por lo qual cansada aquella bestia fiera con este linage de tormento, mandó que la pusiessen sobre una rueda en que fuesse atormentada, queriendo sobrepujar el tormento passado con el presente. Y luego los malvados ministros traían al derredor con cierto artificio aquella rueda, con la qual se quebrantaban los huesos, y los niervos se estendian, y toda la fabrica del cuerpo se desordenaba, y los miembros se desencaxaban de sus lugares naturales. En este tiempo hacia la Virgen oracion al Señor que le podia ayudar en el tiempo de su affliction; y assi decia (b): Dios de los dioses, Dios de las virtudes, Dios de mi salud, de quien procede mi paciencia, y en quien está mi confianza (c): torre de mi fortaleza, refugio mio: socorreme agora Señor en esta affliction (d). Dios que me ciñes de virtud, Dios, Dios mio, no te alexes de mí, porque desfallece mi vida en los dolores. Mas, (ò socorro acelerado, y admirable del Criador!) hecha esta oracion, luego se desataron las cuerdas con que el sancto cuerpo estaba atado en aquella machina, sin quedar en todo él señal, ni del fuego passado, ni de las heridas recibidas.

Mas

(a) Epher. 4. (b) Psalm. 49. Psalm. 79. 87. 61. (c) Psalm. 45. (d) Psalm. 17. Psalm. 70.



Mas ni con este tan gran milagro se movió aquella bestia fiera, ni desistió de su crueldad, por estar obstinado y tomado del vino de la infidelidad. Y así la mandó luego como estaba desnuda estender en un cierto ingenio de madera: y allí mandó à los verdugos que rasgasen y arassen sus carnes con garfios de hierro. Mas ella levantando sus ojos al cielo, fue tan poderosamente confortada, que cansados los verdugos del continuo trabajo, ella estaba con un animo y rostro tan sereno, como si ningun dolor padeciera. Con lo qual el tyranno desatinaba, y estaba perplexo, no sabiendo de qué manera atormentaria la Virgen. Estaba todo el rostro dél mudado, y saltaba en la silla, ni podía caber dentro de sí con la rabia y furor que padecía. Y como ya él estaba como loco y sin juicio, el demonio (de que estaba vestido) le dixo, que mandasse cortar à cercén ambos los pechos de la Virgen, que era cosa de gravissimo dolor, por estar estas dos partes del cuerpo tan cerca del corazon. Mas la Virgen que estaba mas encendida en el amor de Christo, que el tyranno en su furor, despreciaba lo que era menos por lo mas.

Y tras desto el tyranno deseando vencer aquella admirable fortaleza de la Virgen con la terribilidad de los tormentos, mandó que le arrancasen las uñas de los dedos. Mas ella como si fuera insensible à los dolores, daba gracias à Dios, por averla tenido por digna de ser semejante à él, y compañera de sus pasiones: y junto con esto deshonoraba los dioses del tyranno, llamandolos tinieblas, y engaño del mundo, y demonios, y otros nombres ignominiosos. Lo qual no pudiendo sufrir el tyranno, mandó que estirandole la lengua de la garganta se la cortassen, y con ella le arrancassen los dientes. Mas la Virgen no desmayando ni remitiendo nada de su constancia, perseveraba dando gracias à Dios, y rogandole diesse buen fin à su martyrio, y pidiendo salud à todos los enfermos que se la pidiessen por

ella. Sonó luego una voz del cielo diciendo, que le era otorgado todo lo que pedia. Y hecha esta oracion, dixo al verdugo: Haz lo que te es mandado: y ella sacó aquella lengua que siempre se ocupaba en las alabanzas divinas, la qual fue luego cortada, y los dientes arrancados, y la boca quedó hecha una fuente de sangre con la qual se teñía toda la vestidura de la Esposa de Christo, mas preciosa que todas las purpuras de los Reyes.

En este tiempo fatigada la Virgen con sed, pidió un poco de agua, la qual le dió un hombre llamado Cyrillo, que era Christiano, aunque no era conocido por tal. Y por este beneficio recibió un grande galardón, porque por un jarro de agua fria alcanzó la corona del martyrio. Porque como supiesse el tyranno que este hombre avia dado agua à la Virgen, no solo por natural compassion de sus dolores, sino por comunicar con ella en la misma fé, le mandó luego matar: y con esto dió sentencia definitiva que la Virgen fuesse degollada, y así le fue cortada la cabeza fuera de la ciudad, y su cuerpo estuvo por algunos dias en el suelo, pero sin ser tocado de las aves del ayre, ni de las bestias de la tierra, las quales en su manera reverenciaban aquellas heridas recibidas por el comun Señor.

Y despues por especial providencia suya fue entregada à la bienaventurada Sancta Sophía que la avia criado y enseñado: en lo qual cumplió Dios su peticion, y dió el descanso que sus entrañas deseaban. Porque siendo presa la Virgen, y llevada al martyrio, la Sancta maestra suya temia y temblaba, rezando el peligro de los tormentos: y por esto postrada en tierra, con encendidas oraciones y rios de lagrimas, rogaba à Dios que la Virgen no desmayasse con la fuerza de los dolores.

Mas despues que se dió fin glorioso à su martyrio, vino un Angel del Señor y libró à la maestra de aquel temor y cuidado, dandole alegres nuevas del fin

fin glorioso de la Virgen; y junto con esto la llevó adonde estaban las reliquias de su cuerpo adornadas con la confesion de la fé, y con la vestidura del martyrio, que era lo que ella deseaba. Entonces abrazando ella todas aquellas preciosas reliquias, y besando cada uno de aquellos miembros, y derramando sobre ellos muchas lagrimas de alegría, decia: Hija mia dulcissima; hija mia muy amada, hija que yo crié con toda diligencia en ejercicios virtuosos, y en silencio, y en trabajos, gracias te doy porque no despreciaste mis consejos, y porque guardaste fielmente lo que me prometiste, y te presentaste à tu Esposo Christo, adornada con la vestidura de la virginidad, y heroseada con las heridas del martyrio, y coronada con corona de piedras preciosas, y agora moras en el lugar del tabernaculo admirable (a), que es la casa de Dios, donde habitan los que siempre se alegran con su presencia. Por tanto te ruego, muy amada hija, y espiritual madre (porque así conviene que te llame) que me seas en esta breve y caduca vida buena curadora y ama de mi vejez, aplacando por mí al comun Señor, y rogandole por mí quando saliere desta vida. Pues como esta piadosa y religiosa vieja (que tan bien sabia parir y criar tales hijas) abrazasse y compusiesse con sus manos las sanctas reliquias, y no tuviesse fuerzas para llevarlas, ni hallarse medio para esto, y así estuviesse muy congoxada y afligida, vinieron subitamente dos hombres en habito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las sanctas reliquias, y llevandolas en compañia de su maestra, las sepultaron honrosamente junto à la ciudad de Roma, à gloria de Dios Padre, y de su Unigenito hijo Jesu-Christo, que vive y reyna en los siglos de los siglos. Amen.

(a) Psal. 41. (b) Niceph. lib. 7. cap. 14.

ES tan grande, tan dulce, y tan admirable el fruto que se recibe de la historia de los sanctos martyres, que demás de lo arriba escripto, no pude dexar de dar parte al Christiano lector de la consolacion que yo recibí leyendo estos tres martyrios que aquí escribo: el uno desta Virgen nobilissima, por nombre Anastasia, de edad de veinte años: y otro de un Obispo, no menos noble, y de la misma edad, por nombre Clemente: y el tercero de un compañero y discipulo suyo, aun de menor edad, llamado Agathángelo; ambas escriptas por Simeon Metaphraste. Y será bien referir aqui lo que Nicéphoro historiador grave dice (b) del martyrio de Sant Clemente, y de su discipulo, en el libro de su historia Ecclesiastica. Sus palabras son estas.

En tiempo de los cruelissimos Emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció un nuevo genero de martyrio Clemente Obispo de Ancyra, con su compañero Agathángelo: porque veinte y ocho años duró la conquista de su glorioso martyrio. Y à mi juicio, despues que Dios crió el mundo, no se han hallado tales martyres como estos dos, que con tanta ventaja sobrepujassen à los que padecieron por fuego, hierro, piedras, y maderos, y à los que pelearon con bestias fieras y suffrieron largas prisiones y carceles, y à los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el ayre, y en las aguas, y à los que fueron martyrizados con grande frio ó calor, y à los que finalmente perdieron la vida con qualesquier penas y tormentos: porque à todos estos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos martyres. Los quales primeramente fueron atormentados en Roma, y despues en Nicomedia, suceediendo unos atormentadores à otros, acabando unos y comenzando otros mas crueles que los passados, executando unos un linage de tor-